

VIII.

Un ruido extraño que se levantaba en los ángulos todos del vapor, interrumpió la conversacion de los tres amigos, que siguieron el movimiento de la tripulacion y de los pasajeros, que en grupos se lanzaban á la cubierta.

No habian ascendido aun por la escalera de la cámara, cuando el Jackson saludaba á la escuadrilla, que apareció en las aguas de Veracruz.

—Están á la vista! gritó Wask, en un arranque de entusiasmo.

—Es la escuadrilla, exclamó el conde del Jaral. ¡Pobre México!

—Pobre México! repitió convulsivamente la voz apagada de Manzanedo, y su cabeza se inclinó con profundo abatimiento.

CAPITULO IV.

De como una chispa telegrafica puede incendiar una nacion entera.

I.

El general La Llave, esa figura magestuosa que se levanta en el pedestal suntuoso de las glorias patrias, ese coloso de la revolucion reformista, ese mito de los caballeros de su época asesinado por el puñal de la traicion y de la barbarie, fué el espíritu fuerte con quien chocó la idea intervencionista en el día primero de su realizacion.

El pueblo de Veracruz estaba en torno de su héroe, como los israelitas pendientes de los labios de Moises: aquel hombre posado sobre las rocas del suelo natal, viendo acercarse las naves extranjeras, era el genio del patriotismo sentenciando el pensamiento del viejo continente, que se trazaba por barcas guerreras sobre la página inmensa del oceano.

El hombre tendió el brazo y señaló al *Mediodía*.

El pueblo comenzó en grupos á abandonar la ciudad.

Los hogares quedaban abandonados.

Los viejos lloraban, hubieran deseado oír los fuegos de las baterías de Ulúa y de los baluartes de tierra.

Las mujeres llenas de indignación, alentaban á sus esposos é hijos para la defensa de la patria.

La juventud veracruzana, llena de entusiasmo y rebosando de ese ardor que circula por sus arterias, cedia á la voz de su general y se encaminaba rumbo á las gargantas y desfiladeros inaccesibles de la *Mesa Central*, para disputar el paso á los invasores.

II.

CAPÍTULO IV.

Juarez pronunció su primer palabra bajo el dosel magestuoso de la república.

Llamó á la guerra con ese acento terrible de sus antecesores.

No era la voz débil de Moctezúma II, era el acento sonoro y vibrante de Guautimotzin, atrayendo sobre su frente el rayo.

Aquel acento concentrado clamaba al porvenir en la hora primera de esa lucha sangrienta que comenzaba en las orillas de nuestros mares.

La Europa armada en corso se presentaba en son de guerra segura de la victoria.

Medio siglo hacia que aquellas banderas que se ostentaban arrogantes á la vanguardia de la expedición, se habían arriado delante de las armas vencedoras de los independientes.

Venían en pos de la revancha.

Se les daría cumplida.

A la voz autorizada del gefe de la nación, respondió un eco terrible de guerra que reprodujeron los bosques seculares de América y vibraron en el seno de fuego de nuestros volcanes.

Desde los palacios hasta las chozas, desde las ciudades hasta las aldeas, cundió aquel fuego abrasador del patriotismo.

Los hierros de la labranza se tornaron en armas para la defensa nacional; la gente pacífica se improvisó en caravanas guerreras que comenzaron á atravesar en todas direcciones el suelo de la República.

Las mujeres deseaban que sus hijos y esposos se distinguieran en tan gigante lucha.

Comenzaron los donativos, las manifestaciones patrióticas, la propaganda de la palabra en la tribuna popular, las lecciones en el hogar, donde los niños se agrupaban á escuchar de labios de los viejos las historias de la independencia, á beber en aquellos relatos el aliento de la fé; porque acaso esas tiernas criaturas crecerían durante la época de los combates, y era necesario preparar á aquellos que debían engrosar las filas de los independientes.

Los batallones tomaron el nombre de los héroes; se bendijeron los estandartes, se cantaron himnos patrióticos, y se juró ante los altares de la patria, derramar hasta la última gota de sangre antes que doblegar la frente ante la Europa conquistadora!

¡Qué bello espectáculo el de un pueblo que camina en masa á defender las tumbas de sus mayores!

¡Qué sublime confusión la de ese ejército desordenado, en que se confunden los viejos, los jóvenes, los niños, y hasta las mujeres, todos saludando á una bandera, todos invocando al dios de las batallas, al génio de las nacionalidades!

Patria mia! ya llega ante tus aras un pueblo arrepentido, á llorar sobre esa sangre derramada en la lucha fratricida!... perdona sus errores, ya va á lavar esa sangre que salpican tus estandartes, va á regenerarse en el campo ante las armas extranjeras; bendícelo, él caerá como bueno en el combate invocando tu nombre y legando su espíritu batallador á las generaciones del porvenir!

III.

El general Uruga llegó el 10 de Diciembre á Veracruz. Inmediatamente se puso de acuerdo con el inolvidable general Llave, y se expidió un decreto en que se prohibía bajo pena de muerte toda comunicacion con el enemigo; se proscribió toda idea que trajese la liga, la amistad, la complicacion con el extranjero.

Se mandó alejar cuantos elementos pudiera reunir el invasor, y al abandonar la ciudad se clavaron las piezas, se incendió el parque que no era posible poner fuera del alcance enemigo, y las tropas se alejaron dejando al Ayuntamiento que permaneciera hasta el momento del desembarque.

Aquel pueblo patriota abandonaba sus hogares sin pesar, y la alegría mas grande reinaba en la caravana.

Los medios de transporte faltaban, y sin embargo, personas distinguidas emprendian el camino á pié, haciendo alarde de su noble exageracion.

Sigamos á algunos grupos donde van conocidos de nuestros lectores.

—¡Demonio! decia Felipe Cuevas, hace un sol de noventa grados; se me van á derretir los galones de mi uniforme nuevo.

—Yo voy achicharrado, mi faz se ha puesto negra como la de un habitante del Congo.

—Una vez en Washington Street íbamos entre la nieve, sin encontrar un trineo. — has de saber que yo sé patinar admirablemente.

—Mira, Felipe, donde patinas es en la boca del estómago; tú tienes la culpa de esta infernal peregrinacion: si no me hubieras ponderado el pescado fresco, no estaríamos en situacion tan triste, caminando á pié enjuto y cuerpo mojado por estos vericuetos.

—No tengo la culpa de que el tren haya suspendido sus viajes; en cuanto al pescado fresco, es otra cosa.

—En cuanto al pescado, yo creo que nos lo cambiaron por tiburón, porque todavía tengo retortijones.

—Es que no sabes de esas comidas: cuando en Nueva-York sirven por primera vez los ostiones. . . .

—Sí, hombre, interrumpió Santiago Gonzalez, ya sé lo que hacen; lo mandan á uno disponer y hacer testamento.

—No es eso.

—Mira, sentémonos, porque ya dejó los zapatos entre la arena.

Detuyéronse los estudiantes, que nacidos en la zona templada, ya agonizaban de fatiga.

—Qué dirá el maestro Navarro?

—Nada, mas decimos nosotros; ojalá que en llegando nos mande arrestados, esto y mas merecemos por haber bajado á Veracruz, que tan mal me ha recibido.

—El uniforme es pesado.

—No importa, al fin es de contrata, y pesa mas la cuenta del sastre.

—El calor es abominable.

—Los moscos me han sacado diez libras de sangre y me han puesto como un Cristo.

—Yo estoy hecho un San Lázaro y estos diablos de animales se regocijan; parece que no les parezco tan mal.

—Querido, con estos piquetes y que nos plante la fiebre amarilla, nos divertimos de lo lindo.

—Todos unos doctores del Cuerpo Médico del ejército, pedirían auxilio á una vieja para que los alivie de los frios ó del vómito.

—Mira, Felipe! exclamó Santiago Gonzalez, viendo á un par de jóvenes lindísimas que en compañía de un anciano atravesaban por el camino.

—Parecen Lot y sus hijas; ¡qué cuadro tan interesante!

—Caballero, ¿gusta usted de descansar un momento? dijo con galantería Felipe Cuevas.

—Sí, señores, nos detendremos unos instantes, respondió con acento firme el viejo, que al parecer y en realidad era el padre de las muchachas.

—Caballero, nosotros somos oficiales de ambulancia, que bajamos á visitar la ciudad heroica.

—¿Y qué opinion han formado?

—Prescindiendo de los zopilotes y de las indigestiones, respondió Santiago, toda ella es hermosísima; su mercado es admirable, la pescadería no tiene precio, y en cuanto al suntuoso Hospicio, no lo tenemos igual en la capital: la estatua es de mármol de Carrara, así como las baldosas; me dieron ganas de prenderle fuego al considerar que serviría de albergue á los invasores.

—Afortunadamente, dijo Gonzalez, el *vómito prieto* nos dará una venganza cumplida.

—Así lo espero, repuso Cuevas.

Por lo visto, los dos estudiantes se habian apoderado de la conversacion.

—Y ustedes, señoritas, son veracruzanas?

—Servidoras de usted, dijeron las hermosas costeñas con una sonrisa capaz de trastornar á toda la ambulancia del ejército republicano.

—Nosotros somos *huauchinangos*, como se dice en Veracruz. Las muchachas se hicieron una seña de inteligencia.

—¿Y hácia dónde se encaminan ustedes?

—Rumbo á Jalapa.

—Nos han dicho que Jalapa es una taza de azucenas; que aquella tierra es un paraíso en que las Evas se multiplican por los bosques de naranjos y chirimoyos.

—Agregan, dijo con prosopopeya Felipe, que el ángel vengador es el alcalde municipal, que arroja á los enamorados.

—No, no lo crea usted, dijo una de las jóvenes, á muy pocas falta un moscon que las fastidie.

—Señorita, usted me permitirá no estar de acuerdo en la palabra *moscon*; yo creo que merecemos otro nombre los que galanteamos á las señoritas.

—Pues transijo, serán *tábanos*.

—Le ha dado á usted por la historia natural; tenga usted la bondad de sacar á los enamorados de la familia de los volátiles.

—Cuestion de nombres.

—Es cierto.

—Sigamos, dijo el anciano, que el camino es pesado.

—Si ustedes gustan que hagamos el viaje juntos....

—Tendremos satisfaccion en ello.

Ya se habian acomodado los estudiantes con las jóvenes, cuando á mala hora llegó una litera.

—Es la nuestra, dijo el anciano, y tengo el sentimiento de no poder participar á ustedes de ella; vamos, niñas, arriba, que estarán fatigadas.

Ligeras como unas ciervas, saltaron al carruaje y saludaron dulcemente á los estudiantes, que se quedaron renegando del viage y de la litera.

—Somos unos estúpidos! decia Santiago hecho un Luzbel de coloquio, hétenos aquí mas fastidiados que de costumbre, y sin saber ni quienes son ni como se llaman esas ninfas que se nos han aparecido como las huries á los árabes del desierto.

—Una vez en Nueva-York, dijo Cuevas, me pasó un lance....

—Por compasion te pido que localices tus historias en otro punto que no sea los Estados Unidos; hazlas pasar en China donde me aseguras estuviste veinticuatro horas.

—Es corto el tiempo.

—No importa.

—Esta gente que no ha salido de su país, juzga consejas todas las anécdotas mas verídicas.

—Entre paréntesis, las muchachas me gustaron mas que el viejo.

—Soy de la misma opinion.

—Quiera el cielo que las volvamos á encontrar.

—Temo que nos pase lo que con Isabel.

—Donde vamos á parar si todas se fugan?

—Tienes razon.

—Pero este calor es insufrible!

—Echemos un trago de coñac para refrescarnos.

IV.

El gobernador Llave queria dirigir una nota al jefe de la escuadrilla preguntándole el objeto de su arribo á las playas de la república; pero tenia orden de no entrar en contestacion alguna con el extranjero.

El 14 de Diciembre se desprendió una lancha de uno de los buques, que llevaba las insignias de mando, y pocos momentos despues dos oficiales ponian en manos de la Llave una nota de Rubalcaba en que prevenia la desocupacion de la plaza y del castillo en el término de veinticuatro horas, y de no verificarlo emprenderia un ataque formal.

Agregaba que ocuparia los puntos en nombre de las potencias aliadas, manteniéndolos como *prenda pretoria*.

La Llave contestó que por orden de su gobierno desocupaba los puntos mencionados, y que la autoridad municipal velaria hasta el último momento por la conservacion del orden.

El dia 16 de Diciembre á las once y media de la mañana, anunció el telégrafo que dos vapores españoles con bandera blanca zarpaban frente á Veracruz, y que veinte hombres con tres oficiales efectuaban su desembarque, anunciando que al siguiente dia tomaria posesion la armada española de la ciudad heroica y del fuerte de San Juan de Ulúa.

El guante de la Europa estaba arrojado sobre la arena de la República.

CAPITULO V.

Donde sigue la historia del segundo aparecido.

I.

En una preciosa casa de campo situada á orillas de Puebla, y en el cenador de un jardín atravesado por sendas de rosa y de arbustos y bañado por corrientes apacibles, estaban dos jóvenes en una tendida plática de amores.

—Yo le amaba, decia la mas bella, como ninguna muger ha amado en el mundo, él era mi vida, mi pensamiento, la sola ilusion de mi alma apasionada; habia encontrado en ese hombre cuanto aspiraba mi corazon y mi cerebro; yo le veia en sueños, le llamaba y él siempre acudia como una sombra respondiendo á esa voz inmortal de mi cariño!

—Pobre Eloisa! exclamó una de las jóvenes, tú nunca habias amado.

—Pluguiera al cielo que no le hubiera conocido! respondió llorando la señorita Mons.

—Veo algo de misterioso en cuanto ha pasado: esa desapari-

cion tan repentina, en los momentos de tu enlace, ese billete traído á hora tan avanzada, indica que don Fernando ó dudó mucho al escribirle, ó le fué arrancado contra su voluntad.

—Yo me pierdo en un abismo, en un caos de dudas, y tal vez de esperanzas.

—Si ese hombre no hubiera tenido voluntad de contraer un enlace, ¿á qué esperar hasta la última hora para lanzarte al suplicio de una violenta situación?

—Sí, es verdad.

—Yo creo que hay algo que no está á nuestro alcance, algo que ha obligado al conde á huir.

—Carolina, yo ignoro si le ha pasado alguna desgracia, nadie sabe su paradero, ha causado profunda sensación su conducta.

—El día menos pensado se presentará en esta casa á dar satisfacción de un proceder tan raro, y acaso le restituyas tu cariño.

—No, Carolina, yo no puedo perdonarle el ridículo espantoso en que me ha colocado; he tenido que huir de la capital, abochornada por desaire tan injusto.

—No creo que la sociedad te culpe, las simpatías todas se arrastran en tu pos, y anatematizan á don Fernando.

—Aun esa grito me espanta por él, mi padre no le perdonará nunca, espera la oportunidad de encontrarle y su venganza será horrible.

—Hasta hoy todo está en contra del conde, nada le favorece.

—¿Y quién podrá volverme todo el reposo que he perdido en un momento?

—El tiempo.

—Hay heridas sobre las cuales pasa leve ese aliento que todo lo desgasta.

Quedóse la jóven hundida en el misterioso silencio en que se envuelve el alma en sus amargas horas de tristeza.

Después, variando conversacion tan enojosa, dijo á Carolina:

—Perdona si nada te he preguntado sobre las fatigas de la peregrinacion.

—Nada notable, abandonamos Veracruz con el sentimiento de dejarla entregada á los extrangeros; solo un incidente tuvimos en la travesía.

—¿Desgraciado?

—No, por el contrario, sumamente divertido. En el camino encontramos á dos oficiales de la ambulancia que nos florearón á las mil maravillas; ellos se lo platicaron todo sin dejarnos meter baza. El uno se llama Santiago y el otro es un original, Felipe Cuevas; papá estuvo divertidísimo con ellos, se habian constituido nuestros acompañantes, cuando cátrate que llega la litera y los dejamos plantados en el arroyo con un palmo de narices.

—Los nombres no me son desconocidos: teníamos un buen amigo llamado Mondoñedo, conolega de esos estudiantes, y nos contaba sus aventuras. A propósito de ese jóven, era íntimo del conde, y desde aquella noche fatal no le hemos vuelto á ver.

—Vaya con los desaparecidos!

—Mondoñedo es un muchacho muy simpático, muy agradable y sobre todo amigo excelente; papá lo quiere mucho, le hacia gracia cuanto le contaba, y Mondoñedo pasaba todas las horas de tertulia en casa.

—Cuidado, Eloisa, con esa simpatía!

La jóven meneó la cabeza indicando lo distante que se encontraba de las sospechas de su amiga.

—No te he contado, prosiguió Carolina, el desenlace de mis amores; es una historia curiosa y divertida.

II.

Resonaron pisadas de caballos en los umbrales de la casa, y ruido de armas, y voces que vinieron á interrumpir la conversacion de las amigas.

—Muchacho, gritaba un jóven de ojos negros y mirada de águila, aquí está el teniente Pablo Martínez; paso á la medicina, yo la vengo escoltando, no hay que oponer resistencia, porque le planto unas ventosas zajadas al primero que chiste.

Un dependiente de la casa del señor Mons salió al encuentro de Pablo Martínez, que era un *chinaco* moreliano, que segun dicen sus compañeros, tenia los demonios en el cuerpo.

—Hola, don Sebastian, aquí traigo una veintena de muchachos escoltando al gefe del cuerpo médico; no tenga usted cuidado, está dispuesto á amputarle á usted la lengua siempre que lo necesite.

—Pase el teniente Martínez, que ya sabe que es en esta casa el *niño mimado*.

—Muchachos, dijo Martínez, dirigiéndose á la escolta, estamos alojados perfectamente; pero el que cometa un desórden le mando dar doscientos palos.

La escolta penetró en el patio de la finca, y Martínez se marchó á charlar con don Sebastian, que era persona muy atenta y de finos modales.

—¿Qué noticias tenemos?

—Que los extrangeros han desembarcado: ¿no ha leído usted la proclama?

—No.

—Pues aquí traigo una.

Pablo sacó del forro de hule del sombrero un papel y lo entregó á don Sebastian.

El dependiente leyó la proclama del jefe español.

—¡Mil diablos montados en otros veinte! gritó el soldado, vea usted como nos quieren hacer comulgar con ruedas de molino; dicen que no quieren conquista, y comienzan por ocupar las aduanas y los palacios. Mire usted, don Sebastian, primero le arrancan las orejas al teniente Pablo Martínez, que creer una palabra de esa maldita gerga; yo no entiendo de escritos, pero mire, me *pelo el ojo* y veo todo lo que pasa.

—Y tú crees que puedan las tropas mexicanas pelear contra tres naciones?

—Yo sé que nos *rasgaremos el cuero* lo ménos veinte varas, pero que el país no se pierde.

Con respuesta tan categórica no era posible continuar la conversacion.

—¿Y quién es el jefe de la plaza?

—Es un general español lleno de *dicterios*, caballero y cruz grande y señor Santiago y otras acéteras que yo no entiendo; ese hombre ha declarado en estado de sitio á Veracruz, y obligado á que le entreguen las armas de municion. Vamos, que primero me pongo en la boca de un cañon cargado de metralla, que á las órdenes de esos *mandones*.

—¿Y donde está el general Llave?

—En Jalapa; ese sí escupe en rueda de hombres. Vea usted, la noche de Anton Lizardo le hirieron la frente, y en la toma de Orizava, ¡canario! ese don Ignacio vale mas que toda la escuadra.

—¿Y el general Uraga?

—Está en Huatusco con su pata cója; pero tambien es entador, aunque segun he oido decir, no tiene fé en el pleito, esto no me gusta; vea usted, don Sebastian, el general Zaragoza, que acaba de llegar al campo, ese sí tiene el corazon en su lugar; tan sério, tan callado y tan hombron; porque, eso sí, de que recuerdo tomó en Silao la bandera, y adentro muchachos! canario! y que las balas caian como granizo; le juro á usted que nada mas dejo á este señor médico y me marché con mi general Zaragoza: ya sé como se *bate el cobre*, delante de él ó se vence ó se muere; viva mi general!

—Eres entusiasta por el fronterizo.

—Y tráigase una botella, porque nunca miento al señor Zaragoza sin echar un trago.

—Luego que sirvan la comida brindarémos por el bravo general.

—Bien, me esperaré.
—Cómo se llama el gefe de la ambulancia que vienes custodiando?

—El comandante Manuel Mondoñedo, intrépido y valiente si los hay; está poseído de una especie de hidrofobia que al primer extranjero que encuentra lo desbarata. Demonio! si está furioso como un leopardo.

—¿Cónque pareció?

—¿Quién?

—No, nada, pensaba en otra cosa; y ese comandante va á llegar?

—No debe tardar, se quedó á corta distancia dando órdenes á sus ayudantes.

—Y qué objeto trae?

—Viene estableciendo una línea de lazaretos, porque seguramente se espera una de Dios es Cristo, y el general desea que no falte auxilio á nuestros soldados.

—¿Y ese señor Mondoñedo dirige la ambulancia?

—No, es ayudante del general Zaragoza y comisionado interinamente del cuerpo de mediquines, mientras llega la hora de los balazos.

—Que será pronto.

—Sí, ya se acerca, no hay remedio, don Sebastian.—Ya me choca la dilacion del comandante, algo le pasa, nada tiene de posma. ¡Gumercindo! gritó con toda la fuerza de sus pulmones, acércame el caballo.

El asistente partió violentamente y á poco presentó al teniente un arrogante potro rodado que relinchaba de impaciencia.

Pablo Martinez le acarició el cuello; el animal lo reconoció.

Saltó el teniente con grande agilidad sobre su corcel y al escape se puso fuera del edificio y en el camino por donde Mondoñedo debía venir.

III.

A poco andar distinguió Pablo Martinez al comandante, que venia hablando con un correo extraordinario del cuartel general.

—¿Qué dejaste á tu salida, muchacho?

—Avanzando la division Zaragoza y mucho alboroto en el campo.

—¿Habia alguna novedad?

—No señor, parece que han entrado en *contestas* con mi general Uraga.

—Se sabia algo de los *mochos*?

—Parece que se juntan y que se han desprendido fuerzas del ejercito para batirlos.

—¿Quiénes son los jefes?

—Carbajal y O'Horan.

—Bien, me enteraré del pliego y contestaré en el acto, estamos próximos á la casa donde debo pernoctar.

Mondoñedo se reunió á Pablo Martinez, y seguidos del *extraordinario*, entraron en su alojamiento.

Luego que el teniente salió en busca del comandante, don Sebastian corrió al aposento del señor Mons y le participó las noticias dadas por Pablo Martinez.

La aparicion de Mondoñedo podia darle alguna luz sobre el paradero del conde, así es que esperó con impaciencia la llegada del estudiante.

Mondoñedo no creia encontrarse con su amigo, é ignoraba que tuviese una posesion en los alrededores de Puebla.

Despues de su salida de México no habia vuelto á preguntar por nadie; pero la casualidad lo arrojaba delante de las personas de quienes deseaba apartarse para siempre.

El señor Mons salió al encuentro de sus huéspedes.

—Hola, señor Mondoñedo! dijo fingiéndose el sorprendido, que agradable encuentro!

—Mas satisfactorio es para mí, respondió el estudiante, estrechando con fuerza á aquel hombre á quien lo arrastraba una secreta y profunda simpatía.

—Tambien por aquí el calavera Pablo Martinez?

—Ya sabe el señor Mons, que yo por ir á la fiesta me quedo sin bautismo.

—Señor teniente, dijo el estudiante, voy á despachar el correo y hablar de un negocio al señor Mons; que la escolta esté dispuesta y la tropa se aloje convenientemente.

—Sí, mi comandante, en cuanto á mí estoy listo.

Diciendo esto se marchó con su amigo don Sebastian á tomar *algo*, como él llamaba á la opípara cena ofrecida en la rica casa del señor Mons.

IV.

Manuel Mondoñedo mostró el pliego á su protector y amigo. El señor Mons leyó:

“La tropa que lleva usted estará pronta á escoltar á los comisionados extranjeros que se dirijen á México. Bajo su mas estrecha responsabilidad cuidará usted de que no sean molestados por nadie; los acompañará usted hasta Puebla, donde se avisa por el telégrafo para que salgan algunas fuerzas al camino y evitar cualquier accidente.”

—Entre usted, y hablemos.

El estudiante y el señor Mons entraron en la sala y se pusieron á hablar reservadamente.

—He sufrido mucho, amigo mio, decia el infeliz padre de Eloisa, pensé volverme loco aquella noche.

—Lo creo, caballero; pero al mismo tiempo felicito á usted por esa pérdida.

—¿Qué hubiera sido de mi pobre hija una vez á merced de ese calavera?

—Si lo hubiera usted visto arrodillado y confuso á los piés de esa mujer, cuyo nombre me es imposible revelar, entonces le inspiraría á usted compasion y desprecio.

—Es un miserable!

—Un desdichado aventurero de esos que son tan comunes en la alta sociedad, que viven entre los grandes hasta que algun incidente provoca su descubrimiento. El bastardo del conde del Jaral estaba lleno de compromisos y tal vez mañana despues de arruinarse, hubiera abandonado á Eloisa.

—Es cierto, Dios ha salvado á mi hija.

—Yo, señor Mons, he sido el miserable juguete de ese aventurero, yo que en mi dignidad de hombre y de caballero no debia aceptar la proteccion de una muger bajo ningun pretesto; ...estoy castigado; pero á mi vez me erijo en el brazo de la Providencia, porque esa trama infernal cuyos hilos tengo descubiertos, se dirige en contra de México y tiende á arrebatarle su independencia.

—Esto es horrible!

—Yo no puedo revelar nada, prosiguió con ardor el estudiante; pero puedo luchar, combatir, derramar mi sangre si es preciso; porque usted, caballero, ignora que los agentes de Europa están entre nosotros, y ávidos de nuestro oro y de nuestra tierra, se disputan su señorío y luchan en las tinieblas, y se introducen en todas partes y villanamente nos venden y nos traicionan.

El señor Mons estaba aturdido con las revelaciones de Mondoñedo.

—Las escuadras han llegado, México se dispone á la lucha, pero la corrupcion se encuentra en sus filas; se derramará el oro y tal vez la sangre para conseguir desorganizar los elementos de defensa; es necesario sospechar siempre, estar alerta, por-

que al hombre de mas confianza lo pueden convertir en un traidor!

—Mondoñedo, dijo el señor Mons, está usted sobre una mina, posee usted secretos que pueden comprometer su existencia; es necesario valor y precaucion.

—Caballero, conozco perfectamente á todos los satélites de ese poder oculto; ellos se alejarán de mí temiendo ser descubiertos; pero juro á Dios y á la memoria de mis padres, que vengaré á mi país y satisfaré los resentimientos que ahogan mi corazon!

—Seréne usted, amigo mio, va usted á emprender un camino desconocido y erizado de escollos.

—Lo sé, y estoy resuelto á todo; en mi venganza va la de Eloisa: esa mujer burlada en medio de una sociedad envidiosa y maldiciente, objeto del escarnio y de la sátira, quedará satisfecha mañana, cuando yo arranque el antifaz á ese miserable.

—Yo le he perdonado!

—Pero yo no, caballero; esa risa de desden, ese papel ridículo de juglar, esa mujer humillando mi corazon y mi delicadeza, ese suplicio de ridículo, yo se los cobraré con sangre, ó me levantaré el cráneo de un pistoletazo!

—Terrible situacion!

—Sí, horrorosa! merced á mi carrera he obtenido un grado en el ejército; pero yo no busco el sacerdocio de la medicina, yo busco el combate, la pelea, la muerte!.... El general Zaragoza me ha comprendido, es el depositario de mis secretos y confia en mi valor; me ha alentado: sabe que juega un rayo, y yo sabré desempeñar la mision que me he impuesto!

Aquellos dos hombres quedaron en silencio, midiendo el viejo el abismo á cuya sima se encontraba el estudiante, y el joven pensando en su venganza.

CAPÍTULO VI.

De como es cierta la sentencia que se halla en los manuscritos Rabinos, de que tres gatos en un costal no pueden estar.

I.

La ley del 17 de Julio, en que se suspendió el pago de las convenciones extranjeras, afectó dolorosamente á la Europa, que hace tres siglos y medio encuentra su *caja* en el fondo de nuestras minas.

Ese banco que se llama México suspendia sus pagos, y los agiotistas y especuladores se presentaron en las plazas de Londres, Paris y Madrid, llorosos con la fatal noticia.

Los gobiernos cerraron ese librejo que se llama *Derecho de Gentes*, y que no pasa de una paparrucha sin significado.

Acordóse la vieja Europa de sus *ofensas*, de lo expuestos que estaban los *inocentes* de sus nacionales al furor asesino de los mexicanos; y se dispusieron á *intervenir* en los asuntos de México, pero bajo la condicion de no alterar su régimen interior: se quedaba en el secreto de la liga, aunque ya era conocido en Europa y América.